

## Viajerías

Margo Glantz/XI

Los sobresaltos son muchos a medida que se acerca uno al cono sur. En Colombia y en Lima, en San Pablo y en Río amenazan los bandidos de gran camino, esos bandidos a imagen y semejanza de los nuestros del siglo pasado, esos bandidos que podían despojar a un hombre de la sábana sobre la que yacía, dormido, sin despertarlo, o esos bandidos que publicaban amenazas contra los viajeros desprevenidos que decían: "El capitán de bandidos avisa a los señores pasajeros de las diligencias que deben llevar por lo menos 50 pesos oro, porque de lo contrario serán apaleados". En Buenos Aires y en Montevideo, nada parecido, aunque debo confesar que nunca nos pasó algo en los países más malfamados, quizá porque dejábamos todo (lo poco que llevábamos) en las cajas fuertes de los hoteles por los que pasábamos, imprimiendo nuestra leve huella. Las calles de Buenos Aires son maravillosas, caminables, a medida humana, interrumpidas de trecho en trecho por un rascacielos que ha sustituido una hermosa casa *art nouveau*. Los turistas pueden pasear de noche y de día, recorrer todas las calles, detenerse ante las vidrieras y contemplar los múltiples ejemplos de importación que van desde el último modelo de Yves Saint Laurent a la última licuadora o al último televisor que viene de Japón en colores más que naturales, hermosos ejemplos legales de cómo se destruye una industria nacional, porque la industria textil ha quebrado frente a las telas inglesas y la lana maravillosa que antes se vendía en el Once, barrio lagunillero, se sustituye ahora por las lanas de merino verdaderas, aunque en Argentina se hayan producido borregos americanos tan perfectos como los de ese lugar del planeta y papas argentinas tan perfectas y redondas como las que se importan desde Australia, y conste que en Argentina no hay petróleo, y que el precio del crudo más barato les favorece, no como a nosotros que nos obliga a pagar el 30 por ciento más sobre nuestras importaciones que casi son tantas como las que se hacen desde Venezuela. Pe-

ro la memoria histórica es un bicho raro.

Así, la calle Florida, famosa en los tangos por su elegancia, se ha convertido en una especie de Merced venida a menos con apariencias de más porque la *fayuca* se vende en las tiendas alegantes y no sobre puestos desmontables. La sensación de peligro no está allí, está en los aeropuertos, cuando a uno se le ocurre pasar a Montevideo y cuando en la aduana y en la sección de información y en donde se checan los boletos, y en la salida, y en la entrada (antes en el hotel) le piden a uno repetidas veces, y a la menor provocación y sin que sepa uno de qué clase de gente se trata, los documentos de identidad, las cédulas policíacas que afortunadamente nosotros no tenemos, las huellas digitales, etcétera. (A veces me pregunto si las huellas de los pies serán tan infalibles como las de las manos, pero nunca he podido averiguarlo, ni nunca me las han pedido, aunque, eso sí, a uno le pisan los callos para constatarlo).

Bueno, se pasa la aduana se atraviesa la línea de fuego, se entra al país vecino y uno suspira porque empezarán de nuevo los tormentos: la misma cara con distinto uniforme que pide los eternos documentos de identidad y las cédulas policíacas. Pero el que nada debe nada teme, aunque esa lógica no parece imperar en los países que se encuentran, como sus mismos habitantes lo aseguran, en el culo del mundo, y entonces se detesta a Magallanes.

Por fin entramos, tomamos un microbús (cuando nos lo dicen imaginamos que es un vehículo de Lilibut, pero no, es un camión de pasajeros normal, más normal que los que circulan por Guatemala: autobuses que se han desechado en las escuelas estadounidenses, después de haber pasado por los barrios negros) y desembocamos en una plaza regular, hermosa, con edificios al estilo de los de París 1900 y esperamos que nuestras amigas nos recojan, tomando un café maravilloso con medias lunas que aquí en México llamamos cuernos.